

Ellos son como otros tantos eslabones de oro que enlazan entre sí las historias parciales de los pueblos, y las conquistas del progreso humano; son como una infinita serie de lumbreras en la oscura noche del pasado, cuya intensidad disminuye á medida que penetra más la vista, y que se pierde allá con los pálidos vislumbres del héroe mitológico.

¡En qué de peripecias y de anécdotas no abunda la vida de Alejandro, de César, de Napoleon, de Garibaldi! ¡Qué de volúmenes no hay escritos y habrá por escribir sobre ellos!... ¿Y no con el nombre de Alejandro basta para recordar el soberbio poderío de Grecia? ¿Con el de César para recordar á Roma y la deslumbradora púrpura del imperio? Con el de Bonaparte, ¿no se escucha aún el lejano bramido de la tempestad revolucionaria y el espantoso tropel de la conquista? Con el de Garibaldi, ¿no viene luego á la memoria aquella heroica lucha, en que por fin la libertad hace ondear su pabellon sobre el último baluarte del catolicismo? ¿no viene á nuestros ojos la imágen de esa figura, que se olvidará cuando la Iglesia olvide sus Estados y la unidad italiana se destruya? El de Castelar, ¿no irá eternamente unido al recuerdo del relampaguéo democrático de España? ¿El de Washington, á la historia de la confederacion Norte-americana? ¿El de Hidalgo á la de la emancipacion de un Pueblo, y el de Juarez dejará de vivir en tanto que exista una República?

Para escribir una historia completa del General Diaz, habria necesidad de consignar multitud de sublimes pequeñeces y de grandes hechos, que á pesar de serlo, no conseguirian llevar su nombre más allá del límite de una nacion que llena por entero.

Fernandez y Gonzalez me parece, ha dicho: "Que Francia es una campana de oro, que vibra con un badajo de corcho, y que España es una campana de corcho, que no vibra ni con un badajo de oro."

La única nacion de la que con exactitud podria decirse otro tanto, es México, donde los más sorprendentes episodios pasan sin que la mirada augusta de la historia, se digne posar sobre ellos.

Los europeos, quien más, quien ménos, hacen una amplificacion del retrato de sus hombres, la levantan sobre un enorme pedestal, y vistas luego por nosotros á través del inmenso prisma del océano aparecen con proporciones verdaderamente gigantescas.

Resignémonos, pues, con nuestra suerte, y no veamos al incansable luchador de las libertades públicas en México, sino á la luz de nuestro cielo, seguros, sin embargo, de que, cuando el navegante vuelva la vista á nuestras playas; cuando el historiador señale á México en el mapa, y cuando la gran causa de la libertad busque á sus soldados, de pié, sobre la más elevada de nuestras cordilleras, verán alzarse la gran figura de Diaz.

IV

PARA pintar á un hombre de esta talla, no se sabe por donde comenzar, de qué punto partir, bajo qué faz considerarle; si viéndole soldado valiente y aguerrido, calculador y estratégico, ó entusiasta adolescente, conspirador y apóstol de la nueva fé; si fugitivo, errante y perseguido, proscrito y desterrado; ó como el rayo de la

guerra, dominándolo todo con la vista y centuplicado y múltiple lanzando sus columnas por cada *sector sin fuego* de un polígono.

No se sabe qué admirar; si al génio de la guerra ó al génio de la paz; si al guerrillero ó al magistrado; si al alto ciudadano, ó al incansable propagandista.

Donde quiera, en cada punto, en todas partes, y bajo cualesquiera forma, es grande, es inspirado, es superior.

No más tiene quince años: jamás ha visto otro horizonte que el horizonte del pueblo donde habita; la libertad alumbra de improviso, y, entónces él, á tientas, deslumbrado, ciego; marcha, avanza, y sin otro guía que su conciencia; seguro, sin perderse, sigue el rumbo de una estrella, la estrella de la libertad.

Del oscuro fondo del convento, sancionadas luego en el Sinaí de las catedrales, al cintilante brillo de la luz de mil lámparas de plata; ó al vibrante son de las campanas y ante un ejército equipado y reverente, se expiden leyes divinas que sojuzgan la conciencia humana.

La libertad por un lado; por otro el retroceso. Duelo á muerte, desigual, terrible!...

La esfera del grande hombre de más tarde es reducida; se le encomienda un cargo político; no es soldado todavía; pero sin serlo, trasmite á sus hermanos el sacro fuego en que se abrasa, y sin que nadie se lo ordene, forma, organiza y disciplina tropas, y allí donde hay peligro vuela, pelea y triunfa.

Se le confieren grados militares, los rehusa.

La idea moderna prevalece en todo el país; aparentemente la paz se consolida, y nuestro caudillo vive de la paz.

Pero esto es un instante; la infatigable turba frailes-

ca, perdido ya el secreto de dominar en nombre de un dios distinto al Dios de la verdad, recurre á un nuevo género de infamia; va y mendiga al extranjero una testa coronada, cualquier giron de púrpura para encubrir sus músculos leprosos, y continuar á la media luz de los santuarios gobernando á un pueblo embrutecido y cataléptico.

Mas esta vez se equivoca. El pueblo ántes sumiso y obediente, arranca el último crespon de aquella espesa venda que colocó en sus ojos la metrópoli, y sin ver con quien peleaba, sin preguntar quién le invadía, ni cuál era su objeto, ni cuál era la historia de sus enemigos, se lanza á recibirles; y desarmado y sin pertrechos lucha, y retrocede, y vuelve, sembrando el suelo de cadáveres, única alfombra que podia tenderle al invasor! Vergüenza dá estampar algunos nombres; no seré yo por cierto quien lo haga: los que aquí preparaban el terreno á la invasion; los espúreos hijos de México; sus jurados opresores; reorganizados despues de su derrota y en continua observacion de los movimientos de nuestro ejército, se presentan á las puertas de la capital, cuando ejecutaba aquel una maniobra.

Porfirio Diaz, que ocupaba entónces un escaño en el Congreso, lo abandona, y á la cabeza de una compañía resiste el impetuoso choque de un considerable cuerpo de ejército, cubriéndose de gloria.

Reemplaza al general Mejía en el mando de una brigada, y, se le confiere apénas la vanguardia de una fuerte columna que marcha en persecucion del enemigo, cuando como el águila se precipita y cae sobre su campamento: le sorprende, le destroza, le dispersa y le persigue, despojándole de todos sus pertrechos.

Fondean en Veracruz los buques extranjeros; como otros tantos buitres que caen sobre su presa, se agrupan, se revuelven, obstruyen todo el muelle, y de sus artillados puentes salta un ejército, que como un inmenso boa se desliza, y pliega sus acerados anillos hácia el interior del país.

Merced á esa alta estima en que la Francia, en aquel entónces tuvo sus contratos, la palabra y la firma de sus enviados; en pleno parlamento, en medio á un entredicho, sin declaracion prévia de ruptura, destaca unos cuatrocientos hombres sobre una pequeña avanzada mexicana de cuarenta, que como los espartanos de las Termópilas, sucumben en su terreno, proporcionando una victoria á Saligny, que bien debió valerle un monumento, en Paris al lado del de Napoleon I.

Volvamos á nuestro héroe.

El era quien mandaba la avanzada sobre la que los franceses alcanzaron su primer victoria; él quien palmo á palmo disputó el terreno pátrio desde Orizaba á Puebla, y él quien á las órdenes del invicto Zaragoza, y al frente de una columna, de pié en sus posiciones, contempla cara á cara al ejército frances, le mide, le atrae á sí, le ve llegar, se precipita á su encuentro, y brazo á brazo lucha, le vence, le acosa, le persigue, y desmoralizado y deshecho le arroja á su campamento.

Mas, despues de una infinita série de combates y de los más brillantes episodios del estrecho sitio puesto á la ciudad de Puebla, en que las armas nacionales se cubrian de gloria, la blanca estrella de la Patria parecia eclipsarse para siempre, como si desde la inolvidable muerte del general Zaragoza, la velase un fúnebre crespon prendido en nuestro cielo.

Ni la justicia de su causa, ni la abnegacion, ni el génio, ni el valor salvaje de sus hijos bastaron á salvarla.

La plaza sucumbió. Sus defensores quedaron prisioneros; el general Diaz estaba allí, y no le quedaba sino esperar impaciente ó resignado á que sonara la hora de la venganza y de la justicia; pero. . . . pasemos, pasemos adelante.

V

BURLA apénas la vigilancia de sus carceleros, abandonando su prision, incorporándose á las fuerzas republicanas, y cuando á la cabeza de unos cuantos se dirige rumbo á Oaxaca, y atropella y vence cuanto encuentra al paso. ¡No habrá quien le detenga!

La inmensa magnitud de las distancias, plagadas de invasores; la falta de recursos; la escasez numérica de tropas; la falta de armamento, de equipo y de vestuario; las erizadas y extensas cordilleras que habia de atravesar; los desiertos, pantanos y los rios ¡qué son para aquella alma de acero templada en la desgracia!

Toca al fin los límites de ese Estado, vasta region de la libertad y de la guerra: se enseñoorea de su territorio, ocupa una á una sus ciudades; restablece allí el dominio del Gobierno nacional y organiza cuerpos, legisla y administra.

Una formidable columna francesa marcha á perseguirle; la aguarda, la resiste y la bate en cada punto en que la encuentra.

El gobierno imperial, triplica esa columna, y el Mariscal Bazaine toma su mando.

El general Diaz queda reducido á la plaza de Oaxaca, y encerrado en un estrecho cerco que establece el mariscal Bazaine quien recurre á todo género de ardid y de seducción, sin atreverse nunca á tomarla por asalto. Cada paso que intenta dar adentro de su rádio es para él una derrota.

El heróico sitiado atento á cada punto, á todas partes, dominándolo todo con la vista, reconcentrando en sí todas sus fuerzas; como un leon acosado entre las rocas, se asienta en su terreno, y al que más se acerca le destroza, y ruge haciendo estremecer á todos. Quién se atreverá pintar los episodios de esta lucha? Quién podrá pintar aquel carácter indomable? Aquella prodigiosa actividad? Aquel incomparable génio?...

Tambien aquí la suerte le es adversa; se agotan sus recursos, se rinden sus soldados, traicionan sus amigos, sus subalternos murmuran. . . . El general Diaz era de los prisioneros de Puebla; y como para él no podia haber garantías, sus subordinados creen que los queria sacrificar á todos.

Prévia una junta de guerra en que se acordó la rendicion, con la suprema indignacion de un héroe, la mirada altiva y dominante, la frente levantada, penetra al campamento enemigo y dice al mariscal Bazaine:

«Vengo á rendirme. No tengo ya elementos para seguir luchando. Soy el único responsable de la guerra, y el ejército frances sabe que los vencidos son desgraciados, pero no criminales.»

Le conducen nuevamente prisionero á Puebla, y allí de su oscuro calabozo forma el místico santuario, en cu-

yo recogimiento austero, y á solas consigo mismo, se nutre y fortifica en su inextinguible fé.

Allí, bajo el absoluto dominio de su conciencia, se entrega al culto de su patria, de esa patria que no olvida, que la vé, que contempla en todas partes, que cree ver en sus sueños con la magestad augusta de su pompa, su hermoso manto de esmeralda; sus cimas gigantescas, cuya plateada frente se oculta entre las nubes; su cielo trasparente, sus auras murmurantes, sus pájaros cantores, su diadema de diáfanas estrellas y su vegetacion salvaje.....

¡Virgen bendita, cuyo voluptuoso sueño vela el rumor confuso de dos inmensos mares, que ciñen y suspenden tu gentil cintura de sirena! ¿No habrá de verte libre? ¿Habrá de oír eternamente tu grito de dolor; y no podrá volar á libertarte, sino cuando estés violada y oprimida?

VI

PALIDECE y se extingue el rojo fuego de las nubes, que como los bordes del cráter de un volcan inmenso, coronan el horizonte en las regiones tropicales, al sepultar el sol su lumbre en el ocaso.

Las brisas de la tarde refrescan el calor radiante de la atmósfera; comienza á perder el cielo su clara transparencia; la ténue gaza del crepúsculo se despliega y se extiende á todas partes como ideal, impalpable y diáfana cortina que separa la luz de las tinieblas.

Las aves alzan su oracion á Dios; el religioso silen-

cio de la tarde deja oír el murmullo de las aguas, el crugido del tronco de los árboles, el susurro del viento entre las hojas, y el ligero aletear de los gorriones que posan en las ramas en busca de sus nidos.

La plañidera campana de los templos, con su toque de oracion anuncia la completa llegada de la noche, y la ciudad de Puebla se desvanece y pierde entre las sombras, reapareciendo pálida y fantástica á la rojiza luz de su alumbrado, como un ancho panteon á la fúnebre luz de fuegos fátuos.

La naturaleza duerme; la ciudad reposa y nada hay que turbe el silencioso horror de las tinieblas, mas que de cuarto en cuarto de hora, el reloj de las parroquias y el monótono *alerta* de las guardias.

VII

DE la enhiesta cima de los muros del «Cuartel de la Compañía,» pende una frágil cuerda. Aparece un hombre en lo alto de ellos, y como si quisiese penetrar las sombras con la vista, extiende una mirada en torno suyo, se inclina, se ase á la cuerda, un instante queda suspenso en el vacío, y al fin desciende poco á poco hasta tocar la tierra.

El mismo cielo parece saludarle, corónase de estrellas, y la luna asomando entre las nubes, le baña con su luz.

Podemos ya mirarle; es él, él mismo; el guerrillero, el soldado, el general, el cautivo, el prisionero que aspi-

ra ya el ambiente libre de los campos; que podrá volar á unirse á sus hermanos, y que á la cabeza de ellos irá de triunfo en triunfo, hasta acabar con el último enemigo de su patria, y demoler el trono.

VIII

UNA pequeña escolta de quince hombres le aguarda á corta distancia; se le reúne, y con ella abre la impercedera campaña de insurreccion contra el imperio.

Pero ¿qué hacer en estas circunstancias, en el corazon de un país literalmente ocupado por sus enemigos; recorrido en todas direcciones por fuerzas respetables; cubiertos todos los caminos?

Se sabe su evasion; se dictan órdenes terribles y apremiantes de aprehenderle.

¿Qué hará, pues, para ocultar su marcha; para poder burlar la persecucion de tantos; para organizar, aumentar, disciplinar sus fuerzas y luchar?

¡Situacion terrible, aterradora! ¡Cualquiera otro hombre hubiera vacilado!

Porfirio Diaz, terrible en su impotencia; sereno en su desgracia; firme y seguro en la realizacion de todos sus planes, sorprende aquí una poblacion, mas allá desarma una avanzada, ataca un campamento; emprende un gran rodeo, con el que desorienta y hace fraccionar las tropas que le persiguen; por un sendero oculto vuelve y cae sobre la más inmediata y la destroza. Aquí se hace de recursos, mas allá se apodera de un convoy. Equipa y arma al pueblo que le sigue.